JOSÉ ANTONIO CEDRÓN

VIDARIO

INSTITUTO DE CULTURA DE MORELOS

JOSÉ ANTONIO CEDRÓN

VIDARIO

INSTITUTO DE CULTURA DE MORELOS

VIDARIO

JOSÉ ANTONIO CEDRÓN

VIDARIO

SOLAPA

Cuando tomé contacto con la poesía de José Antonio Cedrón –y de esto hace ya largo tiempo– tuve la sensación de estar ante un descubrimiento, ante una forma nueva y realmente original de la utilización de la palabra. La poesía siempre es una sola, pese a la cotidiana aparición de los ismos.

No estoy en contra de ninguno de ellos dado que todos siempre dejan algo positivo en su aporte.

Además, todos los poetas devenimos, en cierta manera, de alguno, llámese creacionismo, surrealismo, posmodernismo, por ejemplo, o el romanticismo, esa gran aventura de principios del siglo anterior. De no ser así, estaría indicando falta de cultura.

Afirmo esto porque podría observarse que mi poesía es, aparentemente, opuesta a la de José Antonio. Pero esto es sólo formal, nunca en esencia. Sucede que, como dije al principio, la poesía es una sola. Y no siempre ocurre. Es casi un milagro que no se observa con frecuencia. La aparición y presencia de un poeta como José Antonio Cedrón salva y afirma a toda una generación. Y no me refiero únicamente a este libro, Vidario, sino a toda su obra o la que he conocido, puesto que merece la afirmación de que estamos ante una de las más altas voces de su generación en la poesía hispanoamericana.

Ello es lo que celebro con un júbilo que debería ser compartido por los pueblos de América.

Hamlet Lima Quintana
Buenos Aires 2001

Portada:

Construcción (arte objeto) de Ernesto Marenco
sobre una fotografía. Puerto de Buenos Aires,
invierno de 1950
Diseño:
Héctor Santos/Nora Souza

Primera edición 2001
INDA 03-2000-072410390500-14
Hecho en México

ibuk
Biblioteca de Poesía

a mi hija Pilar

PRIMERA PARTE

TENER QUE VER

Dios mío, todos los días han sido
¿No nos ha quedado siquiera un
día nuevo?

MARIN SORESCU

*

Cuando el cuerpo no podía
quedaba horizontal y la carga ignorada.
Aún pasado el invierno no había cómo quitar
las manchas de alcanfor que marcaron el pecho
buscaban adelante, hacia atrás, en los lados
y el cuerpo estaba adentro.
Fue cuando me trataron de la respiración
y era cosa del aire.

*

Había que cruzar bajo los arcos
y sobre la sangre que vertían
los pies de las Marías.
Había que coronarse de antirreino.
Había que terrenar la vida
adonde permanecen las claves del asombro
con la cara volteada.

*

En la puerta cancel del antiguo vestíbulo
brilla un vitral que sirve para tapar el gris
con sus colores, hoy ya desatendidos
y sus vidrios rajados
por donde pasa el viento trepidando
como un viejo y ruinoso caballo de lechero.
Este es el escenario de una ciudad
con muros carcomidos, reflotada del agua
y puesta a navegar otra vez con nosotros
entre descalzas voces
que recuestan sus hijos
o baldean las piezas a lo largo del patio
mientras mamá desviste la muñeca que sienta, al centro de la cama
varios días después del primer fin del mundo.

*

ABUELOS I

Es plateada y violenta, suele apagar las luces
detrás de los que salen de las piezas.
La silla que se inclina y la dama de noche
conversan de presagios
una voz de comadre sentenciosa
sabe darle esa aureola de autoridad doméstica
llegar al corazón de las carnes más tiernas
recoger los oficios para hacerlos cantar
y rezar y besar, tiesos libros de nácar
medallas que pendieron de los pechos visibles de sus antepasados
o pequeños recuerdos que alguien llevará atados
en la piel que recubre la emboscada.

*

ABUELOS II

No parece que haya vivido en la oscuridad.
Tal vez vivió en las sombras.
Las sombras guardan más temor
que la oscuridad. Misterian.

*

ABUELOS III

Aquí se estableció con sus manteles de hule
el carmín de aquel tiempo cuando
el furor en los labios.
Sobre una tabla blanca y lisa
cuadriculó domingos en la harina.
Quiso Génova, plantas y lo claro del cielo arriba de las flores.
Negó oficios y amores con signos de
pureza, y en su nombre creó un puerto de sombra
un silencio de barco recién ido.
Los hombres se casaron con descendientes
de indios, trayendo un color nuevo a la familia
y sus mujeres fueron bordadoras de brillo en las
ojeras, operarias de costura recta, lavanderas.
Por las noches hablaron del gran amor
se interrumpieron las bocas largos ratos con él
y se fueron al viento de la mañana.
Este sol y estas sombras les pertenecen
aquí están las paredes recogiendo los días
que se vienen al suelo con el revoque
en un contraste duro
donde la vida juega con la muerte

sus dedos en las trenzas.

*

ABUELOS IV

A veces la pensaba como recostada
en un nido salvaje, llevándonos a todos
en tiempos en que el agua era limpia y
corría por las alcantarillas hasta llegar al río.
Fue la última vez que entró a la casa
que le vi las arrugas en reposo
tan cerca como nunca
estiradas y quietas para siempre.
Pero ella siguió siendo un deseo inconcluso
y sus peinetas blancas un camino lejano
a todas las caricias que empezaron
al borde la frente
hasta que a su cabello le cortaron las manos.

*

ABUELOS V

Envolvieron su cuerpo en la mantilla blanca
manchada con el vino de la frente.
Pronto será de noche sobre esa cruz de viento.
Nadie sabrá qué hacer con tanto polvo.

*

ABUELOS VI (voces)

Aquel fuego encendido con las últimas hojas del
otoño, duró hasta que el carbón extinguió el frío.
Tal vez no conocimos otra estación con ella.
En las habitaciones de estos años
el fuego le regresa el control de las vidas
su alimento la nombra, como entonces,
nuestras culpas están llenas de voces.
Los pájaros aún cuelgan, ahorcados,
de sus pechos.

*

AMANTES I

La sombra de las torres suele verlos
correr en otra piel, ensuciarse la boca con el viento
esa mancha los busca
empeñada en el aire de una mujer y un hombre
volteados al pasado
abraza soledades de cuando ellos soñaban
el año de Dragón en su equinoccio.
Inesperados, previsibles
se obligan uno al otro recuerdos de ceguera
que la memoria olvida, pero intuye que tuvo.
El país que fueron duda de sus vidas.
Y nunca sabrán cómo siempre acaban perdidos
abajo de esas piedras de la noche.

*

AMANTES II

Anochecen y tiemblan, balbucean, se entumen
y allí son Dios, porque han dado su cuerpo.
Amanecen desnudos, clavan otros maderos.

*

AMANTES III

Asoman su silueta preguntan por el tiempo
murmuran entre vidrios palabras manoseadas
en otras frustraciones
bajo una luz de 20
imagino sus dedos de diciembre
anudando los diarios amarillos
y otras manos más lentas
revolviendo el hervor de los porotos.
Ellos son los fantasmas que nunca he descubierto
más allá de sus sombras, donde agonizan juntos
el primer gran amor, alucinado ahora y ya
desconocido, en la pieza más alta
y sin ningún espejo.

*

AMANTES IV

Al cerrar el botón del monedero
esa mujer hablando de los otros
tropieza con los nombres
que apretaron el brillo de su vestido rojo.
La interrumpen reproches en voz baja
golpes de la otra vida
papas apio cebollas que guarda el mosquitero
una mano que cuenta las pastillas
disueltas en el sueño
entre muecas mordidas por extraños
y el crujir de un elástico que cede
después de haber tendido la cobija en la pieza
para cubrir al náufrago y la luna.

*

CARMENCITA

En el gancho escondido que pende de la noche
deja secar los trapos.
Gotas de sangre dulce le roban las muñecas.
Ella pone su mano de disculpa, obediente
a la regla que baja como una guillotina
y el poco de dolor le cuenta un cuento
que nadie le ha contado en esta vida.

*

LA ADIVINA DEL BARRIO

La que leyó la vida de vecinos y amigos
la que predijo novios con fortuna
cartas de amor y bodas en futuro
esa adivina nunca tuvo tiempo
para alejar los dedos de la mesa
y viajó por las líneas de las manos ajenas.
La que llenó la vida de los otros
entre cuatro deseos de baraja
hizo soñar muchachas en mi barrio
que tejieron ajuares sobre el cuarto menguante de sus lunas.
Con secretos guardados en cojines rotos
la que escondió su piel del sol y de los ojos
entre tazas de té fotos y flores
confió su amor de siempre a aquellos astros
y eran sólo figuras con espadas y bastos.
La que nunca salió de su vestido
un día vio el deseo volarse del espejo.
La que le puso alas al murmullo
que se sacó las medias siempre sola
un día como ayer se perdió entre los colores
de un mazo de barajas.

*

El vecino Domingo ha desollado un cerdo
adentro de su cuarto.
La sangre salpicó el marco de la puerta.
Unas gotas quedaron suspendidas en el mosquitero
hasta que se secaron con el viento.
Comimos sobre el piso quebrado por la higuera
después
las mujeres lavaron en voz baja
y los hombres durmieron vestidos a la sombra.
La escoba silenciosa le disputa el rumor
a los canarios. Debe ser Carmencita
pensando en otras cosas.

*

MEMORIAS DE INMIGRANTES

Esa mujer tenía ojos azules
cuando entró lastimando con su carga el revoque.
Valijas de cartón, jaulas de alambre.
Si no fuera que un día le dejara pintarse
los labios a sus hijas, sería un pestañeo
la melodía fácil que le cambió el acento,
aquel olor a sal que se fue con las lluvias
y la costumbre húmeda del tiempo.
Los gallos no dijeron hasta cuándo.
Los años que pasaron descubrieron las marcas ovaladas de retratos vacíos
la cruz de albahaca atrás de los postigos
y los ojos azules que esa mujer perdió
de mirar este cielo.
El mar quedaba lejos.
Su pañuelo ocultaba el oleaje vencido
de un pueblo en sus cabellos.

*

EL OTRO I

Tuvo un corbatín rojo para estar en las aulas.
Un overol de tarde para el taller que usaba
de sus manos.
Tuvo el asombro azul de aquel cielo obligado
hasta llegar la noche de madre inexpugnable
recorriendo la casa con su aliento
del piletón del patio a la cocina
sin dar respiro a nadie a nada a nadie
porque es hora de izar los trapos que escurrieron durante todo el día, y entonces no hay más tiempo
de estornudar toser pararse levantarse
si no es para apagar la última luz que espera
por los patios, ver madrugar los hombres que
saldrán saludando con un gesto
todavía en voz baja y abrigados.

*

EL OTRO II (viendo vivir)

Esperarás aquí y aprenderás –le dijo
de los hombres que se mueven de un lado para el
otro suben forzados bajan de un sótano a otro
sótano como cojos ligeros ¡uuupa! gritan al paso de
sus manchas de sangre y aserrín.
Hace frío sobre ese piso lejos del techo,
las cúpulas rajadas llenas de telarañas.
Un hombre con sombrero dice bájenlo aquí
y otro hombre descarga la primera mitad de un
animal, grandes ojos venosos, gotea haciendo un
charco. Un tercero amontona aserrín en la sangre.
Una mujer se acerca y pide con la mano, el hombre
del sombrero señala detrás suyo, alguien toma un
cuchillo, corta un pedazo de entraña, lo echa en
una hoja de La Nación de ayer y se lo entrega. La
mujer se dirige a la escalera sujetando el paquete y
los muchachos.
Llega otro hombre de sobretodo y también con
sombrero, un tabaco en la boca, trae un maletín, lo
apoya en una mesa, castañea los dedos y enseguida
no se ve más que su sombrero
(la segunda mitad del animal baja hasta el mármol,

gotea haciendo un charco)
a los pocos minutos cierra el maletín y se le ve de
nuevo entero y solo, se apresura a esperar el
ascensor, tira el tabaco en la canaleta roja
y aserrinada del zócalo.
Otros hombres cargados continúan
moviéndose de un lado para el otro,
suben forzados bajan
de un sótano a otro sótano como cojos ligeros
¡uuupa! gritan al paso...
Otros hombres, etcétera.

*

EL OTRO III

Doblado entre sus ramas
los miedos se deshojan unos a otros.
El oscuro silencio le humedece los huesos.
Y pedirá perdón, si regresan de nuevo
a revisar la cama con un golpe
mojado por la noche.
El sueño sueña un bosque para evadir la culpa.
Perdón, pide perdón.
Quién pedirá perdón por ese niño muerto,
ahogado de orinarse entre mis piernas.

*

EL CUMPLEAÑOS DE LA PRIMA ANA

Con las mejillas enceradas
los ojos le brillan como si al sol.
Baila para el suspenso de la rueda
su vals número 15.
El gallinero duerme su concierto
entre rubor de niñas
y los tíos empujan por la espalda
a ese pájaro nuevo con traje de recién
tan vestido de un miedo
que más adolescente es casi virgen.
Cuando anuncien la torta y la sortija
eso será el amor en esta noche
volteará la cabeza hacia el satén brilloso de la tía
asomada entre brazos y el humo de la sala
girando por la casa con su sortija falsa
puesta en el dedo chico de su mano
y sintiendo un temblor que acostará a su lado
lamiéndole las piernas, eso será el amor
en un puño de almohadas esta noche
preguntándose nada y esperando hasta el alba
cuando se quedan solos con las últimas copas
los que suelen quedarse con la espalda pegada a la

pared, rodando con sus ojos por el piso vidrioso
hablando de nosotros, que tanto hemos crecido
trasponiendo la anécdota y el tiempo.

*

RETRATO DE FAMILIA

Domingo y Juana al frente del “vapor” *Asimina.*
Faustino y su tabaco y el mismo delantal de su
trabajo. Doña María y Carmen con sus cabellos
jóvenes (que cuesta recordar) tomadas de la mano.
Mi abuelo en sus botines y todo el desarreglo
de aquel saco de lana con el que lo encontraron
(suerte que se bañó, dijeron en la casa
el día de su muerte en el mercado).
Yo con el sobretodo de mi primo mayor
(que duró casi toda la primaria)
y las manos de Nina arriba de mis hombros.
Anónimos parientes en el margen izquierdo con
gorras y bufandas, marineros y amigos del fotógrafo.
Dársena 4, atrás, en letra de mi padre
que nunca pudo con él para estas cosas, ni tuvo
tiempo nunca y apenas me abrazó la última vez.
Fueron sueños pequeños: “Buena salud y trabajo”
como una casa vista desde el aire
y era toda la vida.

*

EL LUGAR DE LOS HECHOS I

En la plaza, con ojos de carnero,
tocamos las mujeres
que luego se desnudan para los debutantes
en las piezas del fondo de los conventillos.
Y esa mujer que mira con unos ojos
que durarán por años, se puso boca arriba
tomando uno por uno los temblores,
como si se iniciara un nacimiento,
para irse muy tarde con el bolso apretado
debajo de sus brazos, escondiendo la cara
y el miedo a nuestro miedo.
Debió quedarse allí con su otra boca,
pero estaba tan lejos.
Sólo su sentimiento refleja en el cristal
al ladrón inexperto de su antigua salud
esa mujer y oficio que el tiempo hizo de humo
sustancia o rara cosa boyando en un costado.
Por algo la memoria voltea a esa ventana al correr
de estos años en que mi tía grande va a morirse
sin haber pasado ningún escollo
más que las enfermedades de la infancia
y una miopía que lleva tres generaciones

incluyendo la mía que, en todo caso,
no quiere morirse de miopía.

*

LA MUJER DE LOS PÁJAROS

Ella le daba alpiste a su pasión más fiel
le daba agua en el pico
le daba de su almohada los algodones blancos
mientras los “pobrecitos” esperaban silbando
que vuelva hablando sola.
Poco a poco no pudo sostenerlos
y ellos se debatían de pico en los alambres
entonces dio sus manos por la fruta golpeada
los grises de su frente hurgando en las verduras
y ellos se debatían de pico en los alambres
se negaban criar y cantar y bailar
alegrarle la vida las visitas.
Ella daba los ojos de cuando fue mirada
sus palabras de leche azucarada
ella lo daba todo y se negaban.
El domingo dejó salir a uno
que ganó la ventana y se voló hasta nunca
después abrió las jaulas con gran desesperanza
se inclinó lentamente
y sentada más cerca de la mesita chica
apoyó la cabeza en el respaldo.
Fue la primera vez que su abanico

en el ruido del aire
siguió y siguió dictando
cuando ya hubo cerrado fuertemente los puños.

*

ABUELOS VII

No quiero que lo traigan –nunca quise.
Era lindo escucharlo conversar y reírse con el vino,
pero ahora no, no quiero que lo traigan
que paren el reloj, que amarren en los techos
a los perros amantes que dormían a sus pies.
Déjenlo como él quiso contar que era
cuando estuvo en sus anchos botines marineros
y sólo su cigarro le alejaba el cansancio con el
humo. Pero ahora no, no quiero oír que viene
que lo traen que ya está aquí, neblinas más arriba
al final de una historia que no fue completada
mientras el sol anuda entre raíces que abrazarán su
cuerpo, sol que pondrá noviembre a media asta
su nombre en el murmullo de las habitaciones.
Déjenlo que se duerma con la frente tranquila de
parientes, que se vaya a besar con sus piernas
huesudas a otra parte.
Nunca quise que vuelva que lo traigan lo vistan
le apaguen su cigarro, le salpiquen el cuerpo
con agua bendecida, que le echen cal inútil
en su espalda.
Nunca quise mezclarlo con gladiolos morados

con los muebles queriendo retornar
a sus antiguas marcas sobre el piso.
No quiero que lo traigan.
Déjenlo que la tierra lo espere hasta las lluvias
la vida de la tierra
para avanzar.

*

ABUELOS VIII

Más tarde nos pusieron en la fila del medio
y esperamos el turno en los pañuelos
(a los que no podían le arrimaron la cara).
Quise pensar su piel como una fruta
como el rostro de Ana temblándome en la espalda
y no un pueblo perdido que se iba
apretado en el frío de sus manos.

*

SÉPTIMO DÍA

Huele a lombriz la tierra.
Gusanos se disputan el tallo del rosal.
Las manos que me llevan separarán las flores
con papeles mojados.
Regarán la costumbre con los ojos ausentes
y una lata de Silvo conservará los bronces
atendidos.
Tocaremos el piso, de rodillas.
Nos iremos bordeando el paredón
por el camino angosto de los pinos
con un ruido de pasos sobre las hojas secas
hasta el próximo sitio de silencio.
La muerte así de muerte es un vivo suspenso
suele rodear la casa con sus símbolos
encender las velas, dejarlas consumir adentro de
algún plato, hacer que el día ande en puntas de pie
que los domingos huelan durante mucho tiempo
profundamente a flores en reposo.

*

MUJER CON MURMULLO

Ese buen amor de manos transparentes
y ese gusto tan especial que tenía
ese buen amor
por robar vino blanco en los supermercados
si una planta escapada de la reja
o un trofeo de losas cascadas atrás del vidrio
deshacía los nudos de corbatas
con labios apoyados alrededor del cuello
y la audición vibrosa de Nat Cole en castellano
perpetuaba los besos en la piel.
Buen amor tumultuoso
por épocas suicida
desordenado y tibio.
Buen amor como viene debajo de julio y el agua
con el vestido pegado al cuerpo
prolongando las venas del otoño en el rostro
los hábitos, las flores, el tiempo en los jarrones.
Buen amor cuando llega con su voz para el perro
(y la cartera a cuadros detenida un instante
para alzar los zapatos)
pone berro en el agua enciende fuego
y de costumbre entra en las cajas de las guitarras

como en los muelles
para los marineros que nunca más volvieron
por sus medias de nailon.

*

EL LUGAR DE LOS HECHOS II

Llovieron muchos años de este lado
y la humedad signando la suerte de los vientos
que se dejan mecer en la trampa del agua.
Las gotas amanecen sobre el filo del vidrio rajado en
la ventana. Atrás del muro, larguísimo,
humean los carbones quemados por el tiempo
como antiguos ladrillos de la vida incompleta.
Seguí a los animales que informaban la ruta
con sus huellas. Y me tocó mi parte.
Vi pasar los cuchillos de noche por la piedra
y no he olvidado nada con los brindis que siempre
inauguran el año y los presagios:
velas que agonizaban a la espera de un barco
milagroso, la mirada perdida de la culpa.
Pero hasta aquí llegamos.
Con estas mismas manos en el mismo esqueleto
vigilamos la cal con que se escribe el muro
porque no desvanezca
con el agua abundante de las lluvias.
Vigilamos la mano que intenta entre las sombras
sobrevivir con lo hábil de su tacto.

*

Y cuando algunos barcos se perdieron
en tierra para siempre
(la colección de *El Tony*, el miedo a las gitanas…)
los alcancé de nuevo con el perfil del ojo.
Los rumores sitiaron otra esquina
y desearon el vidrio empañado y nocturno
de la viuda.
A un paso de las sillas y barajas marcadas
caía una moneda en *Viejo paredón.*
Los guiños de esos años me acarician la espalda
se adueñan del poema
tanto como la niebla dispone de las sombras.

*

EL LUGAR DE LOS HECHOS III

Despego con las llaves la pintura del marco.
Ahora es verde gastado lo que antes humedad
y después amarillo
y puedo ver el gesto cuando convocó
alzando, su mano enredadera.
Imaginarla cargando sobre el hombro, la maleta
ruidosa de cacharros, ladridos, dictadores.
Los ojos del pasado atraviesan los gritos.
Y puedo oír el giro del pedal de la Singer
y recordar el tacto de la ceniza tibia
vaciando los braseros.
Hay torres movedizas que abusan de palabras
libros de tapa dura, infancias en el eco.
Y hay mujeres con sábanas, peleando contra
el viento, donde ya nadie firma un espejismo
parecido a su historia
porque escucha y le teme a ese sonido.

*

En una vieja foto está escrita una fecha
y por detrás los nombres de nosotros
(sobrenombres y apodos en paréntesis).
Los que pudimos ser
de haber nacido antes o después
de esta historia
si los hijos que fuimos jugaran de este lado
no en aquella niñez
que siempre entorpecía la música de fondo.

*

Quién sabe cuál sería la solución buscada
o si fue algún atajo una salida huyendo
de los perros del tiempo
que no entienden dialectos
ni gestos de esos hombres
que un buen día llegaron en un barco
o encallaron de tercos
perdieron el sombrero en esta costa blanda
cielo limpio agua dulce tierra para sembrar
la semilla no dio como esperaban
el arado y la furia no estaban
en sus cartas de navegación
sólo encontraron paz cabeceando entre sueños
al filo de la mesa
no se reconocieron en la virgen
criaron el ganado atrás del muro
bautizaron por miedo desearon y desearon
no preguntaron nada o casi nada.
Apenas si alcanzamos a saber quiénes somos.

SEGUNDA PARTE

ESTACIONES Y REGRESOS

*

Vas navegando, un tren sobre las nubes
se te pierde contigo en la cubierta
y por el ojo de la cerradura
te ves en tu lugar: estás de vuelta

ENRIQUE LIHN

*

Son varios los regresos.
Volvemos sobre objetos
rostros, claves, ideas.
Ideas de personas.
Y personas.
Pero quién se enamora
durante tanto tiempo de una duda?
Moriremos de vuelta del abuelo?
En otro lugar?
Extranjero como hijo de quienes
nos parieron?

*

Eres el inquilino del que fuiste
la presencia indudable de la ausencia.
Han cambiado la mesa de lugar
las llaves de la casa, platos, algunos vasos
(cosas pequeñas que advierte la memoria).
Encuentras las costumbres
el vaivén de una lámpara en el mismo rincón
y también las cortinas que sobrevivirán
a los que conservaron todo.
Y misteriosamente buscas en los cajones
o sobre los fragmentos, alguna identidad
posible.

*

Después de mucho tiempo
nos cuesta acostumbrarnos.
Ese extraño nosotros dejó huellas, y vuelve.
Al cuarto día, al quinto ya se hacen familiares
el acento que traes, la camisa, zapatos,
tu encendedor, la pluma.
Pero un poco incomodas.
Y de alguna manera, absurda, eres el muerto
regresando despacio sobre el húmedo polvo
que dejó tu vacío: el lomo de algún libro,
los bordes de los cuadros,
la dudosa manija del ventanal que, entonces,
abría hacia otros vientos.

*

CUERPO

Te hicieron enemigo del que llevas.
Dos siglos de enseñanzas contra tu voluntad
la mía. Dos mil años.
Ese extraño, mi cuerpo, era la sombra intrusa
que castigan los dioses del cielo y de la tierra.
El otro, oculto.
Nos ha llevado tiempo conocernos
separar del silencio la voluntad que niega
para darnos palabras de un idioma
en constante peligro de extinción.
En esta independencia inseparable
seamos vos y yo.
El día que oscurezca no haremos despedida
me dices, compañero
nos rendiremos juntos.

*

SUEÑOS

El gran sol se escondía temprano
y anduve con la luz del tacto.
Apuntalé paredes con maderos hallados
por derrumbes ajenos.
Nunca enterramos vírgenes los túneles
que abrimos a la tierra
pero hace tanto ya, que nadie lo creería.
Iba atado a tus ojos como a un grito
y Bob Marley cantaba, el extranjero,
fui negro de los blancos. No lo olvido.
Y siempre el límite, uno.
Te amé con la amenaza de un minero atrapado
que ha perdido su lámpara en tus huecos
tal vez con la primera mirada del incienso
cuando los españoles.
Sin embargo en tus ojos extrañé las visitas que
traían las fiebres de la infancia.
Recordé que el futuro era un niño debajo de la
mesa, empujado por el viento de las correas.
Su nombre era una escena en algún paredón
junto a aquellos que sacrifican el silencio
de los prisioneros, y lo hacen doler.

Sobre antiguos poderes del pasado invencible
encontramos mensajes de amor empitonado
hundidos en el vientre de un cuchillo.
Nunca supe qué hacían tus caballos
troyando adentro de mi cuerpo.

*

También hay una euforia
un hábito de río en sudestada
que acomete y anuda.
Y después esta sombra de uno mismo
como un gris aturdido de memorias.

*

Tiempo pronosticado:
Nubosidad variable, frío,
inestable por la tarde.
Vientos leves del sur. Mínima 5°
Buenos Aires, septiembre 19, sábado

Sin embargo ella es única
capaz de arrear caballos de detener el tiempo,
el invencible.
Cuando tantas palabras y dinero de ahorro
se agotaron, su verdad era imposible de meditar
al margen de la carne.
Su luz nos convocaba como un reino desnudo
de sus labios partían insurrecciones varias.
De haberla conocido antes de las sagradas
escrituras (sin preceptos ni guías)
sería su fenicio recorriéndole el cuerpo
bebiendo de sus aguas.
De haber leído entonces las líneas de la mano
no escribiría su olvido, los temblores antiguos
que arrojaba en mis días.
Esta ciudad me sabe como si fuera suyo
desde siempre
(pestañeaba en sus vinos hasta el amanecer)
y los saxos de un día, que pudo ser de noche y de

guitarras, nos golpeaban las puertas del crescendo.
Tal vez en otros tiempos esos jabones duros
de los hoteles baratos
(hostiles como piedra para sacarle espuma)
cantarían en su espalda llevados por mis manos.
Su amor impredecible juglaba entre nosotros.
Como a tantos amantes, me dejará partir.
Mucho antes que la muerte nos humille la piel
me besará la frente con sus labios
quemados por el frío
(miradas de entreguerras perdonando a los dos).
Ella seguirá hermosa eternamente
como Zsa Zsa Gabor, después de Hungría.

*

De mirarla y mirarla hasta encontrar sus ojos
pasaron cientos de años. La ciudad llegó al campo,
las comunicaciones, la rueda, barcos, hombres.
De sus ojos que llevo es la nostalgia antigua
reclinada en los parques
donde igual de imposible aparece el otoño.
Así escribió en mi vida los últimos capítulos
de las obras completas del ángel de la muerte.

*

Abro la puerta cierro las cortinas
enciendo aire de mar invento un ruido.
La noche es un anzuelo fatigado
de bajar por comida.

DATOS DEL AUTOR

E-mail del autor: cedronjota@yahoo.com.mx

José Antonio Cedrón nació en Buenos Aires, Argentina.

Publicó los poemarios:

VIAJE HACIA TODOS

LA TIERRA SIN SEGUNDOS

DE ESTE LADO Y DEL OTRO

ACTAS, CUADERNO DE TRÁNSITO

y el reportaje testimonial novelado

EL NEGOCIO DE LA FE.

Obtuvo el II Premio Cincuentenario del Periódico Alberdi (Buenos Aires, 1973); Primera Mención Honorífica Premio Latinoamericano de Poesía Rubén Darío (Nicaragua, 1981); Mención Honorífica Premio Carlos Pellicer para Obra Publicada en México, 1982, y el Premio Nacional de Poesía de México, Sinaloa, 1985.

Parte de su obra fue traducida al francés y al inglés e integra una veintena de antologías poéticas editadas en su país y en el exterior.

Epub Validado: http://validator.idpf.org/
EPUB Validator (beta)
Results
Detected version: EPUB 2.0
Results: Congratulations! No problems were found in Jose_Cedron_Vidario.epub.